

SIMBOLISMO DE LA BANDERA NACIONAL DE MÉXICO*

José Ramón González Chávez



Nunca se perderá, nunca se olvidará
lo que vinieron a hacer,
lo que vinieron a asentar en las pinturas:
su renombre, su historia, su recuerdo.
Así en el porvenir,
jamás perecerá, jamás se olvidará,
siempre lo guardaremos
nosotros, los hijos de ellos, los nietos, hermanos,
bisnietos, tataranietos, descendientes,
quienes tenemos su sangre y color,
lo vamos a decir, lo vamos a comunicar
a quienes todavía vivirán, habrán de nacer,
los hijos de los mexicas, los hijos de los tenochcas....
ALVARADO TEZOMOC, Fernando, *Crónica Mexicayotl*

Derecho y Cultura, núm. 13
enero-abril de 2004,
pp. 129-143

* Florescano, Enrique, *La bandera mexicana, breve historia de su formación y simbolismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

RESUMEN: *José Ramón González Chávez estudia el simbolismo de la Bandera Nacional a partir de sus raíces prehispánicas, españolas y liberales para mostrar su naturaleza sintética de la identidad histórico cultural mexicana.*

ABSTRACTS: *José Ramón González Chávez studies the symbolism of the National Flag from its pre-Hispanic, Spanish and liberal roots to show the synthetic nature of Mexican culture historic identity.*

RÉSUMÉ: *José Ramón González Chávez étudie le symbolisme du drapeau national à partir de ses racines préhispaniques, espagnoles et libérales et montre la nature synthétique de l'identité historique culturelle mexicaine.*

En todas las culturas y las épocas, los grupos sociales, desde los clanes y tribus hasta las comunidades de naciones han tenido sus emblemas de unificación, totems, banderas, escudos, creadores y mantenedores todos ellos, de una conciencia de identidad colectiva.

México no es la excepción. La “enseña patria” —como también se le llama a nuestra bandera— es, de todos los emblemas nacionales, el más claro y contundente, en tanto que definitorio de nuestra identidad como mexicanos. Tal vez por eso nunca reparamos en su profundo significado en su grandilocuencia como símbolo de la nación a la que pertenecemos, como lo demuestra la poca o mejor dicho casi nula bibliografía dedicada a la consideración histórica de los símbolos que la integran y cómo éstos se han ido fusionando paulatina pero constantemente a lo largo de cinco siglos.

La bandera es por supuesto, símbolo de identidad nacional. Sin embargo, en su confección simbólica, lo distintivo de la bandera mexicana es que es producto de la mezcla de alegorías provenientes de tres civilizaciones, distintas tanto en el tiempo como en el espacio: 1) la indígena prehispánica, derivada de la mitología olmeca, maya y azteca; 2) la española, religiosa y colonial; y 3) la franco inglesa del liberalismo ilustrado. Por eso nuestra bandera, símbolo nacional 100% mestizo, es el espejo fiel de nuestra identidad multicolor y multiforme, refleja a la perfección nuestra identidad como mexicanos, como una sociedad única y distinta de las demás que existen en el orbe.

I. LA APORTACIÓN INDÍGENA PREHISPÁNICA

Son cinco los símbolos principales aportados por las culturas prehispánicas al Escudo nacional y por ende a nuestra Bandera:

1. La montaña sagrada rodeada de agua (Altepetl)
2. La piedra de fundación
3. El árbol cósmico (Tunal)
4. El águila
5. La serpiente
6. La montaña sagrada

1. La montaña sagrada rodeada de agua (Altepetl)

Desde tiempos inmemoriales, la tierra, esa *Terra Patria* o tierra de los padres, constituyó el símbolo de identidad más íntimo y persistente entre los hombres, desde las poblaciones sedentarias más antiguas hasta el “Blut und Bloden” del 4o. Reich, el derecho por la tierra y la sangre (*ius solis* y *ius sanguinis*) fundamento jurídico de la nacionalidad, que aún en nuestros días puede verse, olerse y sentirse con claridad en fenómenos como la unión Europea, Irak, los Balcanes y hasta Chiapas.

En Mesoamérica, entre 1500 y 800 a. de la e.: v.: aparecieron los primeros cacicazgos. Como en muchas civilizaciones de la antigüedad, el mito de la creación que acompañó a las fundaciones de estos señoríos narraba la aparición maravillosa de la primera montaña verdadera, la colina que brotó de las aguas primordiales y que contenía en su interior el agua fertilizadora y las semillas nutricias que sustentaron a los primeros seres humanos,¹ que ya estaba presente entre los olmecas y que entre los nahuas se llamó Altepetl (Atl-Agua, Tepetl-Cerro).

Así, al centro de la plaza ceremonial de la capital de cada reino, corazón simbólico de la patria, se levantaba la primera montaña verdadera, un montículo dominaba el centro ceremonial, acompañado por la plaza hundida que simulaba el estanque donde reposaban las aguas primordiales y los edificios consagrados a los dioses protectores del gobernante supremo.²

¹ A manera de ejemplo, véase Schuré, Edouard, *Los grandes iniciados*.

² Una muestra es el complejo arquitectónico principal de Teotihuacan.

El concepto de patria se vincula al de residencia, ancestral pasada, presente y futura, al lugar donde se producen los alimentos esenciales del cuerpo, el alma y el espíritu, el sitio donde transcurre la vida común, lo que une a los miembros del grupo.

Desde entonces tres sitios dominaron el entorno urbano: la casa de los dioses (el templo, la vida espiritual), la de los comerciantes (el mercado, la vida económica) y la del emperador (el palacio, la vida política).³

La ocupación de la tierra estableció el derecho de propiedad supremo, el título más radical sobre el territorio. Este vínculo creó el símbolo de identidad más íntimo y persistente entre las antiguas poblaciones campesinas: la idea de *Terra Patria*, el lugar donde se producen los alimentos, donde transcurre la vida colectiva que une a la comunidad.

El corazón simbólico de la patria lo configuró la gran plaza o centro ceremonial, donde se levantaba la primera montaña verdadera, que entre los mayas se llamó “Altepetl” (*Atl*=agua; *Tepetl*=cerro, es decir, cerro rodeado o lleno de agua, donde reposan las semillas fundamentales), término que los nahuas usaron como sinónimo de Reino o Estado.⁴

El glifo del Altepetl es significativo pues la parte baja del cerro se dibujaba como una red cuadrículada con un círculo en el centro, símbolo de la tierra.

2. La piedra de fundación

La piedra (Tetl) asentada al centro de la Montaña Sagrada Altepetl no es otra cosa que el corazón de Copil, hijo de Malinalxochitl, hermana mayor de Huitzilopochtli, el colibrí del norte, dios tutor mexica (águila en el cielo de día, jaguar en el cielo de noche). Una vez, al pelearse con su hermano fue apartada de la tribu, yendo a refugiarse a Malinalco, donde procreó a Copil alimentándolo del odio hacia su hermano, el Colibrí del Sur. Cuando los mexicas se asentaron en Chapultepec (otro cerro de agua) y comenzaron a ser hostigados por los pueblos vecinos, Copil comenzó a sublevar a los pobladores de la cuenca contra el dios-rey. Copil subió a la

³ Esto encajó a la perfección después con la tradición española de las plazas públicas, de conformación similar.

⁴ En el derecho prehispánico las montañas y el agua se consideraban propiedad patrimonial de cada colectividad, tal como lo reproduce con fidelidad aún hoy nuestra Constitución Federal.

cima del cerro para contemplar la destrucción de sus enemigos. Sin embargo, Huitzilopochtli enterado del plan de Copil se adelantó y lo capturó, y el mismo lo decapitó, le arranco el corazón, entregándolo a uno de sus sacerdotes, quien lo lanzó lo más lejos que pudo, cayendo en el centro de la laguna, en el Altepétl, donde se convirtió en la piedra de donde nació el nopal que reprodujo su corazón en miles de tunas rojas. La leyenda sugiere entonces que Tenochtitlan fue fundada sobre el corazón de los enemigos de Huitzilopochtli y por extensión, del pueblo mexicana.

De hecho, la palabra *Tenoch* bien puede ser una combinación de las palabras Tetl y Nochtli (piedra – tuna). En ese mismo sentido, el término *Tenochtlī* significa la tuna nacida de la piedra sagrada y Tenochtitlan sería el lugar del tunal que nace de la piedra sagrada.

Como dato curioso podemos señalar que desde sus primeras representaciones, este símbolo aparece decorado con tres franjas diagonales entrelazadas de color verde, blanco y rojo, mismo que por cierto está presente también en el icono de la virgen de Guadalupe.

3. El árbol cósmico

Constituye un eje plantado al centro del Altepétl, piedra de fundación, del cosmos. Los mayas representaban este árbol cósmico con la planta del maíz. También dibujaban los cuatro rumbos del cosmos con árboles propios de su región; heredando esa tradición a los demás pueblos mesoamericanos. De ahí nació probablemente la costumbre de representar a cada región por su árbol emblemático. Así, tal como la ceiba representaba la región maya, las tierras situadas al norte de Tenochtitlan fueron representadas por el cactus, de tal suerte que los mexicas, provenientes del norte adoptaron el nopal como su árbol emblemático.

La tuna, fruto de pulpa jugosa alimenta y su jugo colorado calma la sed. Por dichas características ocupó un lugar privilegiado en la iconografía sacrificial de los aztecas, pues representó el corazón humano y más precisamente, el corazón de los sacrificados al sol (cuanochtli), siendo su jugo emblema de la sangre (chalchihuatl), soma, elixir sagrado. El códice florentino dice al describir la tuna: “Los corazones de los cautivos sacrificados los llamaban <cuaunochtli tlazoti>, las preciosas tunas del águila”. De modo que en la imagen y los símbolos de la fundación de

Tenochtitlan aparece asociada con el sacrificio de corazones para alimentar al águila, al sol, Tonatiuh, la deidad nacional mexicana.

4. El águila

El águila (elemento “Yang”) de los escudos mexicanos es el águila dorada (águila crisateada).

El águila defiende su nido como ninguna otra ave, se apareja de por vida, es monógama. Entre los pueblos cazadores, anteriores incluso a los aztecas, era un símbolo solar tradicional, que aludía a la fuerza violenta.

En el emblema mexicano, los símbolos de guerra: el *Atl Tlachinollí* (el himno de guerra cantado por el águila) y los escudos y las flechas están asociados con el águila, y aluden a la guerra sagrada que nutre al sol con corazones humanos y asegura el equilibrio cósmico.

5. La serpiente

La serpiente apegada a la tierra, es en cambio símbolo terrestre (elemento “Yin”). Entre los pueblos agrícolas está relacionada con la vida en sus aspectos positivos (fertilidad) y negativo (muerte). Tlaloc “el que hace brotar la vida”, tiene un ato de serpientes en una mano. Xiutehcutli es la tierra-ígneas (xiu = fuego, lengua de serpiente).⁵ La sangre de la serpiente fertiliza la tierra. Un fragmento del canto de la diosa tierra de los mexicanos reza: “... *el águila está parada con su sangre de serpiente.*”

En este sentido, la imagen del águila luchando contra la serpiente en su sentido histórico expresa la lucha de los guerreros contra los agricultores que poblaban la cuenca de México, con lo que en términos esotéricos el emblema de Tenochtitlan es una exaltación de la guerra que construyó el poder de la nación mexicana. Pero en el Nahuatlatoли (lenguaje esotérico de los mexicanos) al contrario de la creencia vulgar, el águila no devora a la serpiente, lucha con ella, están en igualdad de fuerzas y por tanto en las mismas posibilidades de vencer. Es el símbolo de la victoria por la lucha de los contrapuestos, del ser (Yang) y del espíritu (Yin) que en lucha permanente genera y mantiene la vida en movimiento perpetuo (Tai-Chi).

⁵ Aunque en la ambivalencia mitológica universal es símbolo celeste: Mixcoatl es la serpiente de nube, la vía láctea, Quetzalcoatl en el cielo es la banda zodiacal.

El edén maya donde se creó el maíz y nacen los niños se llama Tamoanchan, que quiere decir la casa del águila (cielo) y la serpiente (tierra). En el mito maya, el águila trajo la sangre de la serpiente, que mezclada con el maíz los dioses formaron la masa con la que hicieron al hombre.

Los peregrinos de Iztlan (la ciudad blanca, origen y destino de los aztecas) son tamoanchanes gentilicio que significa “procedentes del lugar del águila y la serpiente” (así también se nombraba a los olmecas).

Cuando los mexicas vencieron a los tepanecas en 1427, se convirtieron en la mayor fuerza política de la cuenca de México y fundaron la llamada “triple alianza”, junto con Texcoco y Tlacopan, confederación imperial que adoptó el símbolo íntegro como estandarte nacional. Cada vez que se conquistaba un pueblo se colocaba el estandarte en la cima de su templo principal, con lo que se representaba *a*) la legitimidad de la ocupación territorial, *b*) la unidad de la confederación y *c*) la obsesión por la grandeza futura. De esta manera, el símbolo mítico se convirtió en insignia universal del Estado mexicana.

II. LA APORTACIÓN COLONIAL ESPAÑOLA

Al fundar los conquistadores su ciudad sobre los escombros de México Tenochtitlan, la ciudad antigua se transformó en la “historia de la nueva”. Los cronistas que cuentan los avatares de la nueva fundación, regresan siempre casi obligadamente a la crónica de la antigua. La ciudad antigua se permea en el presente, sobrevive y en ciertos aspectos se impone y vence a la nueva ⁶ a pesar del esfuerzo de los españoles por sobreponer su cultura a la prehispánica.

Al principio de la conquista, los españoles llamaban a la ciudad “Temixtitan” (degeneración lingüística de Tenochtitlan), pero luego se decidieron por el nombre más sonoro de México. El reino, en cambio, le llamaron Nueva España, lo que a la larga suscitó luchas por imponerse un concepto al otro, rencores y finalmente los enfrentamientos no resueltos sino hasta bien entrado el siglo XIX con la independencia, cuando triunfó finalmente el nombre prehispánico.

⁶ González Angulo, Jorge, *El criollismo y los símbolos urbanos*, pp. 74 y 75.

Durante el siglo XVI el nombre de México se usó en distintas regiones del reino, muchos topónimos retomaron el apellido de la capital: el mar de la costa atlántica fue llamado “Golfo de México”, el territorio más al norte del reino fue nombrado desde entonces y hasta la fecha “Nuevo México”, solo por citar unos ejemplos.

1. *El escudo de armas de la ciudad*

El 17 de diciembre de 1527 Carlos V de España, I de Alemania decide darle escudo de armas a la ciudad conquistada.⁷ Éste resultó una copia de sus similares castellanos. Del antiguo emblema indígena solo sobrevivió el pálido reflejo de la laguna y las hojas sueltas del nopal, desprendidas del árbol mitológico. Pero al imponer el peso de la tradición heráldica hispana y borrar prácticamente el indígena, el nuevo escudo en lugar de propiciar cohesión desencadenó una serie ininterrumpida de rechazos, que se convirtieron en un problema para los políticos gobernantes y para los clérigos de la ciudad, quienes tenían que lidiar día tras día con la población nativa, en cuyos brazos se edificaba la nueva ciudad. Tampoco gustó a los conquistadores y sus descendientes, que gustaban de ensalzar la grandeza, virtudes y riqueza de la ciudad antigua. En fin, unos se resistieron a usarlo y otros de plano se afanaron en reemplazarlo, el caso es que nadie estuvo de acuerdo con él.

El gobierno de la ciudad encontró una solución burocrática: el escudo carecía del “timbre” insignia que en ese entonces era necesario que todo escudo llevara en la parte superior, así que el Ayuntamiento le añadió el escudo nativo del águila y la serpiente sobre el tunal. Así por un golpe de prestidigitación política, el escudo mexica se sobrepuso a la heráldica hispana.

Los mismos habitantes de la ciudad presionaron a las autoridades locales para construir una fuente en medio de la plaza mayor con el emblema mexicano.⁸ Los clérigos, sensibles a la idiosincrasia y sentir del pueblo, notaron sin problemas el apego de los mexicanos a su emblema y

⁷ Costumbre usual en esa época, no solo para los europeos también para los pueblos del Anáhuac.

⁸ Esta escultura se llamó con el tiempo “La Aguilita”, que primero estuvo en la fuente del Zócalo, luego en la plaza José Baez y más tarde en la de Santo Domingo.

prestos se dieron a la tarea de incluirlo en la iconografía de sus iglesias y pinturas.⁹

El virrey Palafox, alarmado por el rechazo de las insignias imperiales, ordenó suprimir el Escudo mexicano y quitar el águila de la fuente y poner en sustitución “imágenes cristianas”. Sin embargo, la medida no tuvo el éxito esperado, pues los mexicanos siguieron usando su escudo tradicional.

Con el tiempo las inconformidades calladas se volvieron posiciones rebeldes. Comenzó una guerra de símbolos sin tregua, la que se agravó cuando se empezaron a representar a los continentes con figuras de mujeres ataviadas con ropas y ornamentos propios de cada uno de ellos, que si bien eran llamativos para los europeos, para los americanos resultaba realmente ofensivo.

A fines del siglo XVI, el clero, funde la imagen mexicana con la de la virgen de Guadalupe. Los iconos europeos de América fueron sustituidos por imágenes de rasgos indígenas. Esta reivindicación de las imágenes tuvo un claro sentido político, pues la burguesía criolla pretendía colocar en situación de igualdad política a ambos reinos.

El teólogo nacionalista Miguel Sánchez, relator del “milagro” de Juan Diego y la virgen, es también el creador de la unión mística entre el símbolo del águila y la serpiente y el de la virgen de Guadalupe, llegando a afirmar que dicho milagro estaba prescrito en las escrituras, en el Apocalipsis de San Juan, con lo que mezcló este icono, con el apocalipsis y las tradiciones mexicas.

El poder de la imagen rebasa al de las palabras y los sermones. Comienza la “fiebre” nacionalista mexicano-guadalupana. Para inicios del siglo XVIII las ciudades se habían transformado física y socialmente en núcleos de población mestiza. La burguesía local, creciente en número y poder económico, comenzó a buscar una identidad propia, y en ese afán rechazó los símbolos hispanos y dirigió la mirada de vuelta a los emblemas tradicionales de la antigua capital. En 1737 la virgen de Guadalupe es declarada patrona de la ciudad de México y una década después, de la Nueva España. Vuelve entonces a usarse el emblema del águila y la serpiente como timbre del Escudo colonial. Y es aceptado ya no sólo por mestizos,

⁹ Ahí están de ejemplo todavía en pie, el templo franciscano de nuestra señora en Tecamachalco, Puebla, los templos agustinos de Ixmiquilpal y Yuriria, el convento franciscano de Tulpetlac, etcétera.

también por criollos, indígenas y las mismas autoridades virreinales, quienes ahora lo defienden.

La progresiva penetración del Escudo mexicano en el imaginario colectivo y en los diferentes niveles y bloques de poder abrió las puertas de la iglesia que antes lo repudiara como símbolo de hereje idolatría y ahora buscaría y conseguiría reconciliarlo con los símbolos de la iconografía cristiana. Se publica la biografía de San Felipe de Jesús (único santo mexicano) y en la portada se coloca junto a la imagen de este personaje el águila y la serpiente; empieza a divulgar, la idea de que Santo Tomas en forma de Quetzalcoatl vino a México a predicar y difundir la “verdadera religión”, mucho antes de que Colón llegara. Algo similar sucedió con San Juan Evangelista, al afirmarse que la visión que tuvo en la Isla de Patmos fue realmente la de la aparición de la virgen y la fundación de México Tenochtitlan! (se empieza a representar a la virgen flanqueada por Juan Evangelista y Juan Diego <que sustituye a la antigua mujer indígena> a cada lado).

En una especie de simbiosis política, económica, social, cultural y religiosa, tendiente al encuentro de una nueva identidad nacional, nace el orden secreta de los guadalupes. Clavijero escribe su *Historia de México*, añadiendo por primera vez la parte de la historia prehispánica y colocando en la portada el emblema mexicana. En una forma poco usual, los conceptos de territorialidad, soberanía política, protección divina e identidad nacional se hacen fundir en un símbolo religioso prehispánico colonial. La conversión de los indígenas al catolicismo por fin triunfa ¡200 años después de la conquista!

Así las identidades mestiza y criolla fundadores del “espíritu mexicano” descansa y se afirma en la doble imagen de la virgen de Guadalupe y del Escudo mexicano.

2. *Las ramas de laurel y encino*

En este contexto, la Academia de San Carlos creada por los borbones para imponer el estilo neoclásico en la Nueva España, toma como uno de sus principales iconos el escudo mexicano, agregándole las ramas de laurel y de encino. Le siguieron la Casa de Moneda y la Aduana.

Surge el primer medio de comunicación social: la *Gaceta de México* que tenía en su portada al águila y la serpiente, agregando arriba de la primera

una estrella y una corona real, con lo que se alude ya a la intención de crear un imperio propio, independiente del español y de que la ciudad de México fuera la representante del conjunto.

La “fiebre nacionalista”, de la cual se impregnan incluso extranjeros como el historiador Lorenzo Boturini, llega a su clímax. En los primeros años del siglo XIX apenas momentos antes de que diera inicio el movimiento de Independencia, se coloca el águila y la serpiente en las portadas de las catedrales de México y Morelia.

III. LA APORTACIÓN LIBERAL

Los dos legados culturales e iconográficos del escudo mexicano y de la Virgen de Guadalupe convergen a fines del siglo XVIII y principios del XIX en el anhelo de crear un Estado independiente de España fundado en los ideales de la tradición europea.

Llega Napoleón a España, Fernando VII abdica. El anticlericalismo se generaliza hacia las colonias. Las Cortes de Cádiz emiten decretos contra el poder temporal de la iglesia. Se suprimen los fueros eclesiásticos; las órdenes monásticas y la compañía de Jesús son abolidas; desaparece la inquisición.

Los conservadores novohispanos consideran esta situación riesgosa y empiezan a contemplar la perspectiva de la separación política de España. Hidalgo usa el estandarte de la virgen de Guadalupe como símbolo del inicio del movimiento armado.

1. *Los colores de la bandera*

Iturbide lanza en 1821 el Plan de Iguala cuyo objeto “trigarante” era la conservación de la religión católica sin tolerar otra, la independencia bajo la forma de monarquía moderada, y la unión entre criollos y españoles. A estas tres garantías, aluden en términos profanos los colores de la bandera con que se consumó la Independencia.

En franjas diagonales, el blanco simbolizaba la pureza de la religión católica; el verde representaba la esperanza de los ideales del movimiento insurgente, o sea la independencia; y el rojo al grupo español adherido al impulso libertador. La virgen y el águila habían desaparecido. Ante la

traición de Iturbide al movimiento social de insurgencia, resurgen en este amplio grupo de la población los emblemas indígenas.

Iturbide decreta la cancelación del Escudo de Armas español y la sustitución por el emblema mexicano. Casi de inmediato a este decreto emite otro en el que se dispone que la bandera mantenga los mismos tres colores pero en franjas verticales verde, blanco y rojo (al estilo francés) y con el águila al centro, pero sin serpiente y tocada con una corona imperial con el perfil hacia el rojo (España).

La declaración de Independencia significó también el fin de la Guerra Civil. El emblema mexicano también fue aceptado por la iglesia que apoyo la coronación de Iturbide. En 1822 la organización de los guadalupes se convierte en Orden Imperial. El discurso político acorde con la línea de Fray Servando se orienta a justificar el imperio como mecanismo de restauración de aquel que fuera derrocado tres siglos antes por los españoles. Era la restitución del cetro de Moctezuma, la “resurrección de América”. Se anunciaba en todo el territorio que se había restablecido el imperio más rico del globo. Pero en la realidad detrás de la monarquía se mantenían los poderes reales: la burguesía, el ejército y el clero.

Iturbide abdica en 1823 y con la forma de gobierno Federal, se restablece el emblema mexicano, ya sin corona y con el perfil hacia el verde (la esperanza insurgente). Despojado de todo sentido religioso, la bandera nacional se convierte en el primer emblema cívico, no religioso, que unió a la antigua insignia indígena de los mexicas con los principios y las banderas surgidas de la guerra de liberación nacional y con el pensamiento occidental de la Ilustración.

La masonería jugó un papel importante en el diseño del lábaro patrio (tal como sucedió en muchas naciones de Europa y América), no solo al incluir emblemas alusivos a la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, la Justicia, etcétera; sino también elementos del simbolismo tradicional, particularmente en el caso que nos ocupa, en cuanto a sus colores, vinculados al conocimiento alquímico: el mundo vegetal (verde) se desarrolla a expensas de la energía solar, en la que se integra por medio de la función clorofílica. La involución vegetal de energía centrípeta, por una parte y la evolución animal, desarrollada en las criaturas cuyo medio interno es la sangre (rojo), de energía centrífuga, por la otra, se presentan en un aspecto dualista de alto alcance simbólico: esta circulación de energía vital de ambos reinos refuerza singularmente el valor esquemático

del nopal/tuna y el águila/serpiente del escudo. La simbiosis de ambos reinos, el binomio verde y rojo, se resuelve en la pureza de la luz de la vida manifestada (blanco) con la que se restaura el equilibrio del mundo.

IV. CARACTERÍSTICAS DE LA BANDERA ACTUAL

Tres características distinguen al emblema mexicano:

- A. El predominio de los símbolos antiguos sobre los recientes: la regla es que lo antiguo es lo más sagrado. El emblema indígena ha probado que es capaz de resistir los efectos destructivos del paso del tiempo y de los gobernantes. El antiguo blasón indígena se ha impuesto al embate de otros símbolos que en distintos momentos han amenazado con usurpar la representación nacional. Ese emblema es asimismo, un símbolo de la resistencia indígena que enfrentó a la invasión española y todos sus excesos. Quizá por eso concentró en él las nociones de legitimidad y defensa del territorio autóctono. Su característica fundamental es su representatividad, su capacidad para convocar a grupos y clases diversos.
- B. El emblema del águila y la serpiente al mezclarse con el de la virgen de Guadalupe e infundirle a esa imagen un acentuado sello de mexicanidad se transformó en un catalizador mítico que afirmaba la identidad indígena con el pasado remoto. Y para los criollos y mestizos vino a ser un puente entre su presente incierto y un pasado iluminado por el prestigio de la antigüedad. De este modo el emblema indígena comunicó a estos grupos entonces tan distintos, una imagen del pasado que reunía las nociones de origen, parentesco, grandeza, vitalidad, legitimidad y prestigio.
- C. La sociedad al establecer comunicación con su imagen en el tiempo triunfando sobre el tiempo crea su historia, constituye a esa sociedad y la hace persistir. El grupo es capaz de participar de su propio pasado, que lo siente vivo, en una especie de comunión mística con aquello que le dio existencia. En suma, los mitos son para la mentalidad primitiva tanto una expresión de la solidaridad del grupo social consigo mismo en el tiempo y con otros seres que lo rodean, como una forma de perpetuar y reavivar el sentimiento de esa solidaridad.

La historia mexicana muestra que los símbolos visuales fueron los transmisores más eficaces de los mensajes políticos y culturales. Esta forma de ver nuestros símbolos de identidad contradice la tesis de los historiadores y antropólogos que afirman que la conquista española hizo tabla rasa de las antiguas culturas mesoamericanas. Ni lo hizo ni lo hará.

Símbolos como el escudo del águila y la serpiente resistieron con éxito la invasión de los símbolos extranjeros y a la postre se han impuesto a ellos. El escudo mexicano deja de ser el símbolo de una etnia para convertirse en un emblema colectivo. A diferencia del emblema guadalupano, el escudo nacional es un símbolo pagano, transmisor de un mensaje de identidad político, que apela a la unidad histórica de la nación.

La independencia de Estados Unidos de América y la Revolución francesa aceleraron la formación del nacionalismo moderno y sus emblemas. Pero al estamparse la antigua insignia de los mexicas en el blanco de la bandera tricolor, se conservó la individualidad de la representación nacional. Para distinguir la insignia se acudió a la fuerza del emblema indígena y esa decisión volvió a unir a la nación proyectada hacia el futuro con sus raíces más antiguas.

Las identidades colectivas no son entes inmutables cristalizados para siempre en el tiempo. Por el contrario, son concepciones constantemente recreadas y cambiantes.

El mantener el oído atento a los murmullos del pasado y a los asedios del presente no puede olvidar la amonestación del Alfonso Reyes:

...nos une la profunda comunidad de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de sensibilidad con el mismo mundo, labra, engendra un alma común. La emoción histórica es parte de la vida presente y sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como teatros sin luz. No le neguemos al poeta la evocación, no desperdiciemos la leyenda. Si la tradición nos fuere ajena, está como quiera en nuestras manos y solo nosotros disponemos de ella...

V. BIBLIOGRAFÍA

- BANCO INTERNACIONAL-NAFINSA, *Banderas de México*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1985.
- BLANCARTE, Roberto, *Historia de la Iglesia católica en México*, 1a. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

- CARRERA STAMPA, Manuel, “El Escudo nacional”, *Obra conmemorativa del Sesquicentenario de la iniciación de la Independencia y del Quincuagésimo aniversario de la Revolución*, México, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1960.
- FLORESCANO, Enrique, *La Bandera mexicana, breve historia de su formación y simbolismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.
- SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN, *Banderas, catálogo de la colección de banderas del Museo Nacional de Historia*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Secretaría de Gobernación, 1990.
- TIBÓN, Gutierre, *Historia del nombre y de la Fundación de México*, 1a. reimp., México, Fondo de Cultura Económica, 1983.